

Crítica de libros



Sobre *The Civil Sphere**, de Jeffrey Alexander

.....

Alan Wolfe**

Boston College, Massachusetts

Traducido por: Ángela Lizcano Cristancho

Revisado por: Jorge Enrique González

¿Puede salvarse la sociología? Debería. Hasta hace no mucho, la sociología era la más prometedora de las ciencias sociales. En un tiempo en el que los economistas no habían descubierto aún los actores racionales, y los científicos políticos pertenecían a las dependencias del gobierno, la sociología era la ciencia social americana más a tono con las grandes mentes de Europa. Inspirados por Émile Durkheim y Max Weber, los sociólogos escribieron obras que se enfrentaron a las contradicciones y potencialidades de la condición moderna. Incluso cuando estaba en manos del profesionalismo académico, la sociología era singular. El sociólogo más famoso durante los años cuarenta y cincuenta del siglo xx fue Talcott Parsons, de Harvard, un temible escritor y un constructor de clasificaciones en extremo complejas, pero a pesar de su ambigüedad Parsons abordó muchas de las cuestiones sugestivas de su tiempo (en especial, el Macartismo) y muchos de sus colaboradores y estudiantes —Edward Shils, Robert K. Merton, Robert Bellah, Neil Smelser— se convirtieron en grandes representantes en el campo.

En tanto corrían los años sesenta, algunos estudiantes radicales estaban listos para la sociología y la sociología lo estaba para ellos. En Berkeley, Nathan Glazer y Seymour Martin Lipset acogieron la Nueva Izquierda con algo menos que entusiasmo; para ellos, el movimiento estudiantil parecía inquietantemente cercano al extremismo europeo. De otro lado, estaba C. Wright Mills, de Columbia, una figura semejante a Camus para los radicales de sus días, cuyos libros eran leídos como “escrituras sagradas”. E incluso, si los estudiantes radicales no estaban de acuerdo con lo que pensadores como Daniel Bell o David Riesman decían de ellos, su comprensión de la sociedad estadounidense era más profunda gracias a libros como *The End of Ideology* y *The Lonely Crowd*¹. En la apasionante atmósfera de la época, la sociología,

* *The Civil Sphere*. New York: Oxford University Press, 2006.

** Traducido con autorización del autor.

1. Versión en castellano: *El fin de la ideología*. Madrid: Editorial Tecnos; *La muchedumbre solitaria: un estudio sobre la transformación del carácter norteamericano*. Barcelona: Editorial Paidós, 1981. (N. del E.)

así como la política de izquierda, lucía como una industria floreciente. La idea de que una u otra podrían entrar en un abrupto periodo de declive no parecía posible, y mucho menos que las dos lo estuvieran.

La sociología no está completamente muerta, aunque algunos de sus primeros partidarios, como Peter Berger e Irving Louis Horowitz, habían escrito su epitafio. Hay figuras —William Julius Wilson, Richard Sennett, Orlando Patterson, Paul Starr— que escriben para un amplio público general. Y otras —Jerome Karabel, Kristin Luker, James Davison Hunter— que han escrito libros importantes que ayudan a los estadounidenses a comprender asuntos tan controvertidos como las políticas de admisión de las universidades, el aborto y la guerra de la cultura. No obstante, la sociología no atrae a los mejores y más brillantes estudiantes universitarios, y pocos de sus practicantes se han convertido en nombres reconocidos (¿en 1954, David Riesman estaba en la portada de la revista *Time*!). El campo ya no tiene mucha utilidad para sus creadores europeos. La mitad de la disciplina se dedica al cálculo a gran escala, mientras la otra mitad apenas disimuladamente (o abiertamente) lo hace sobre las políticas de izquierda. Entretanto, los académicos de todas las ciencias sociales, incluyendo la sociología, recurren a la economía en busca de modelos de comportamiento humano, mientras que la ciencia política atrae un número significativo de estudiantes universitarios especializados que tratan los temas centrándose en los desastres de los años de presidencia de G. W. Bush. Luego, la sociología existe, pero no florece. Algunas universidades habían clausurado sus Departamentos de Sociología. Otras los dejaron tan sólo infradotados, sabiendo perfectamente que sus miembros, mal remunerados, no tenían ningún otro lugar a donde ir.

Una razón por la cual la sociología puede estar en problemas —la razón más seria, pensándolo bien— es que carece tanto de un tema convenido como de una metodología propia. Los economistas estudian temas que involucran dinero, e incluso aquellos que aplican sus técnicas a materias no económicas, incluyendo la fe y la familia, están vinculados a sus colegas disciplinares por la dedicación a un método común. Los científicos políticos tienen una idea bastante buena de lo que es la política, y mientras estudian el poder en muchos lugares, incluyendo el escenario internacional, generalmente están de acuerdo en que el poder implica, según la concisa formulación de Harold Lasswell, un quién obtiene qué, cuándo y cómo. Pero, ¿cuál es el área de estudio propia de la sociología? Alguna vez lo fue la “sociedad”, un amplio término que incluye tanto economía como política; pero los sociólogos, dados sus problemas actuales, podrían verse en apuros para ser tan confiables e imperialistas hoy. Pero si no es la sociedad, entonces ¿cuál es?

A menos que los sociólogos puedan definir con cierta precisión un tema y un método únicos para ellos, nunca podrán recuperar el prestigio intelectual del que una vez disfrutaron. El nuevo libro de Jeffrey Alexander es el intento más audaz en la memoria reciente de establecer un camino para la disciplina de la sociología. El propósito de Alexander es ofrecer

“una nueva teoría de la sociedad, definiendo una nueva esfera, sus estructuras culturales, sus instituciones y sus relaciones fronterizas con los discursos e instituciones por fuera de ella”. La sociología, desde el punto de vista de Alexander, tiene un tema y una metodología exclusivos, y él va a decirnos cuáles son y a demostrar de cuáles perspectivas pueden proveernos. Éstas son grandes pretensiones. Si Alexander, que ciertamente es uno de los teóricos de la sociología más significativos en los Estados Unidos, acierta con sus trabajos, su disciplina tiene la posibilidad de florecer de nuevo. Pero si alguien con sus habilidades y su talento falla, entonces la sociología está en un problema peor del que imaginábamos.

El tema de la sociología, sostiene Alexander, es la sociedad civil. Alguna vez este tema fue un término considerablemente en boga. Algunos teóricos de la Ilustración escocesa como Adam Ferguson habían empleado la expresión para insistir en la importancia de las relaciones cooperativas de confianza y mutua obligación. Hegel lo tomó de Ferguson, y por esa razón las ideas de Ferguson vinieron a tener una influencia sobre Marx, a pesar de que él estaría vehementemente en desacuerdo con la opinión de la escuela escocesa de que las actividades comerciales promueven la resolución pacífica de los conflictos. Las nociones de Rousseau de la religión civil, así como el descubrimiento de Tocqueville de las asociaciones voluntarias en la vida americana, pueden ser leídas como respaldos de la importancia de la sociedad civil. Aunque la idea de la sociedad civil pierde su camino hacia el final del siglo XIX, había suficiente vida en ella como para desencadenar un nuevo interés cuando una serie de eventos cruciales en el tardío siglo XX parecieran requerirla para su explicación.

El más importante de esos eventos fue la rebelión contra el comunismo liderado por intelectuales europeos del este. Estos activistas rechazaban al Estado por sus tendencias represivas y, reacios a convertir sus países en bazares del *laissez-faire*, vieron en la sociedad civil una alternativa tanto para el mercado como para el Estado. El término fue rápidamente acogido por los teóricos sociales de occidente, los cuales buscaban algo más que un Estado solidario cada vez más disfuncional y unos formatos frívolos como los del pensamiento Thatcher-Reagan. Con el tiempo, las ideas asociadas a la sociedad civil harían sentir su presencia en un *best-seller* de ciencia social, *Bowling Alone* de Robert Putnam (para pesar de la sociología, Putnam es un científico político). Todo parecía en su lugar para un enorme resurgimiento. La sociedad civil liberaría a los intelectuales de los gastados debates políticos entre la derecha y la izquierda. Eso llamaría la atención sobre los graves problemas que enfrentan las familias amenazadas por el divorcio, así como las comunidades que enfrentan el desempleo. Nos recordaría que las obligaciones hacia los demás no pueden ser satisfechas dedicándonos solamente a nuestros propios intereses, y esos deberes no deben ser relegados a burocracias indiferentes. Todos deberíamos ser comunitarios para siempre.

Pero la prometida revolución intelectual nunca tuvo lugar. Nuevos votantes de la Europa oriental eligen gobiernos comprometidos ya sea

con las políticas de Milton Friedman o con el nacionalismo étnico. Algunos pensadores de izquierda en occidente comenzaron a notar que la religión era uno de los componentes más importantes de la sociedad civil y que la gran confianza puesta en ella podría vulnerar sus comités seculares, mientras que otros argumentaban que la pérdida de los vínculos familiares alguna vez fuertes, quizá una pérdida por solidaridad, era una ganancia para la autonomía de las mujeres. En la derecha, Ronald Reagan probaba ser algo menos que un ultralibertario; y si su manera de conservatismo ponía en peligro valores liberales, ciertamente no era echando al gobierno por la borda. Y más recientemente, las políticas de George W. Bush, lejos de hundir al gobierno, expandían sus rasgos represivos.

Bajo condiciones políticas confusas como éstas, no es de ninguna manera claro que un tercer camino entre el mercado y el Estado realmente exista, o que, aun si lo hiciera, fuera un camino fructífero. La sociedad civil aún tiene seguidores, pero sus principales adherentes, como Andrew Arato y Jean Cohen, escribían sobre Hegel y Habermas, no sobre instituciones concretas y los roles que desempeñan o deberían desempeñar. En los primeros años del siglo XXI, la sociedad civil había perdido mucho de su promesa, como una idea y como un ideal.

Este es el vacío que Alexander intenta llenar. La sociedad civil, dice, “debería ser concebida como una esfera de solidaridad, en la cual un cierto tipo de comunidad universalizante viene a ser culturalmente definida y en cierto grado institucionalmente forzada”. Esta concepción contiene un número considerable de puntos para definir. Con “solidaridad”, Alexander se remite a Durkheim para recordarnos que somos criaturas colectivas cuyo bienestar individual está íntimamente conformado por las comunidades en las que vivimos. Con “esfera”, le hace eco a Michael Walzer para sugerir que nuestro lado colectivo es tan sólo un aspecto de nuestro comportamiento como seres humanos, que tiene sus propias reglas de organización y que puede ser amenazado por otras esferas que operan con diferentes reglas. “Universalizante”, porque se construye sobre el hecho de que mientras las instituciones de la sociedad civil son particularizantes —pertenecemos sólo a ciertas organizaciones civiles y nos adherimos religiones específicas—, a través de nuestra membresía en ellas nos convertimos en miembros absolutos de las grandes comunidades de las que somos apenas una parte. “Culturalmente definido” significa que las maneras en que nos movemos hacia atrás y hacia delante, desde lo particular a lo universal, son conformadas por artefactos de la intención expresados a través del lenguaje y de representaciones simbólicas. Y “forzado” representa la conclusión de Alexander de que la sociedad civil, que nosotros moldeamos, a su vez nos moldea a nosotros manteniendo ideas de obligación moral, las cuales, si vamos a llevar vidas plenas como miembros de una sociedad, debemos cumplir.

La sociedad civil, en suma, es tanto una realidad empírica como un objetivo utópico. Como las esferas económica y política de la sociedad, la sociedad civil demarca un territorio que puede ser estudiado usando

métodos empíricos. Pero a diferencia de ellas, evoca una concepción normativa de cómo la sociedad debería ser organizada, lo cual requiere una profunda familiaridad con la teoría política, con la filosofía moral y (aunque Alexander no lo enfatice suficientemente) con la teología. A través de la esfera civil, los seres humanos no solamente actúan, también sueñan. Los sociólogos que la estudian deberían hacer lo mismo. Cuando estudian lo que la sociedad es, los sociólogos tienen en mente un ideal de lo que la sociedad debería ser. La sociedad no consiste tan sólo en dinero y poder. También es intención. Y la búsqueda de intención, distinto a la indagación asociada al dinero y al poder, presenta lo que es más plenamente humano en nosotros.

Ahí está, entonces, una metodología singular que acompaña el interés de la sociología por la esfera social. Para apreciar completamente el papel que la intención desempeña en la vida de los seres humanos, Alexander agrega: “necesitamos emplear teorías semióticas, códigos binarios, modelos literarios de la retórica y la narrativa, y conceptos antropológicos sobre la interpretación y el mito”. Los métodos distintivos de la sociología son dialógicos: las palabras son tanto una realidad sociológica como aquellas cosas que apuntan a describir. Mucho más que los economistas y los científicos políticos, los sociólogos están interesados en la manera en que los seres humanos se comunican los unos con los otros. Dicha comunicación está formada por códigos binarios, ya que si somos al mismo tiempo criaturas operantes en un mundo ya existente y esperando vivir en uno mejor, probablemente dividimos los modos en que pensamos y hablamos en categorías que reflejan esta realidad de nuestra existencia social. Lo particular y lo universal, lo bueno y lo malo, lo real y lo imaginario, todo debe ser parte de la forma en que pensamos las funciones de la sociedad.

La sociedad civil en sí misma es dual por naturaleza; implica la existencia de la sociedad incivil. En un dominio, nuestros motivos son activos, calmados y auto-controlados, mientras que en el otro son dependientes, alterables e irracionales. Nuestras relaciones civiles con los demás se caracterizan por el altruismo y la honestidad, mientras que las inciviles están marcadas por la avaricia y la reserva. Las instituciones civiles que sacan a relucir nuestras mejores cualidades están reguladas por leyes y buscan ser inclusivas, mientras que aquellas que sacan lo peor de nosotros están divididas y hambrientas de poder. Más que dar por sentado los motivos, las relaciones y las instituciones, como si cumplieran alguna función para la cual fueron puestos en esta tierra, los sociólogos están constantemente ocupados en procesos de traslación, moviéndose entre el comportamiento moldeado por requerimientos de poder y ganancia material y formas de comportamiento moldeados por el desarrollo comunitario y la solidaridad colectiva. (Aunque él no lo dice tan explícitamente, este foco de la comunicación humana es la manera como Alexander muestra su acuerdo con Talcott Parsons cuyo compromiso con el funcionalismo le debía mucho a la biología, la cual presta particular atención a la manera en que los

seres humanos cambian el mundo alrededor de ellos a través del modo en que se refieren a él).

Entendido de esta manera, Alexander cree que el énfasis de la sociología en la esfera civil amplía nuestro entendimiento sobre cómo las sociedades modernas están organizadas. En las otras ciencias sociales existe la tendencia de adoptar una postura de hiperrealismo. Basándose en última instancia en la argumentación de Trasímaco de que la justicia no es nada más sino el interés del más fuerte, el hiperrealismo insiste en que la esfera incivil —avaricia en el mercado, poder en la política— es la única esfera que importa. No obstante, las sociedades modernas tienden a ser democráticas, y la Democracia insiste en el refinamiento y el aumento de las maneras civiles de actuar y pensar. De esta manera, la opinión pública y los medios de comunicación masivos, con todas sus fallas, actúan como pruebas del hambre de poder, las asociaciones voluntarias y los grupos de interés enseñan aptitudes civiles, las elecciones ofrecen contabilización, y el poder reside en las oficinas que los dirigentes ocupan, más que en los dirigentes mismos. La salud de una Democracia se define por la distancia entre una esfera civil autónoma y el Estado. Si la distancia es grande, la Democracia es vigorosa. Si las dos esferas se combinan, la Democracia cesa de existir.

Casi lo mismo podría decirse de la ley. Es errado, dice Alexander, ver la ley como un conjunto de comandos hechos con la gran intención de forzar el acatamiento de aquellos por debajo de ella. La ley en sí misma es sobre todo una manera de dibujar líneas entre el comportamiento civil —que la sociedad debería (y frecuentemente lo hace) incentivar— y el comportamiento incivil —que debería (y lo hace) castigar—. Los abogados y jueces preguntan por lo que una persona “razonable” puede hacer bajo un conjunto particular de circunstancias; y el término “razonable” pretende determinar un civil estándar, que es tan ideal como factible. Los asuntos que la ley pretende regular, especialmente las relaciones contractuales, no necesitan de las leyes si son bien regulados por ellos mismos, y cuando el comportamiento incivil induce al rompimiento de un contrato, no es de ninguna manera cierto que la ley pueda restaurarlo. Nosotros “vemos” la ley trabajando, especialmente si vemos la televisión, la cual no puede conseguir suficientes jueces, abogados, criminales y procesos ante una insaciable audiencia. No vemos las relaciones civiles de la misma manera, pero sin ellas no podemos tener un sistema organizado por leyes.

El dominio civil es simultáneamente pulsante y vulnerable. Decisivo para el trabajo de la política y la economía, también es amenazado por el comportamiento incivil tanto de los Estados como de los mercados. Esto pone a los sociólogos contra la pared. Deben insistir en la autonomía de la sociedad civil, como una esfera con una lógica y un método propios; pero la salud de la sociedad civil está determinada por su relación con otras esferas, y, entonces, los sociólogos deben prestar también atención a ellas. Alexander está más interesado en lo que él denomina “reparación civil”. Los motivos y comportamientos inciviles no necesariamente tienen que

desterrar a los civiles. Por el contrario, nuevas formas de relaciones civiles pueden desafiar las maneras desiguales de lo incivil, o la inmoralidad, y mejorarlas. Cuando esto sucede, la sociología está en su mejor momento, por lo que sus practicantes no sólo pueden reclamar haber entendido algo que aquellos dedicados a modelos más estáticos del comportamiento humano no pueden, sino que también han ayudado a que su propia sociedad crezca llamando la atención sobre lo que necesita para hacerlo.

La sociología, entonces, está organizada por sus propios códigos binarios, tal como la sociedad. En contra del conservatismo, el cual no ve necesidad de mejoras sociales, la sociología insiste en que la vida puede ser mejor de lo que es. Pero a diferencia de los revolucionarios marxistas, quienes quieren transformar la sociedad de pies a cabeza, la preocupación de la sociología por la esfera civil reconoce que las instituciones civiles del mañana acabarán con las inciviles de hoy. La sociedad civil no es un anteproyecto de una sociedad utópica pero, no obstante, es utópica. “La sociedad civil [señala Alexander] es un proyecto. Es una aspiración latente que yace en lo profundo del alma de la vida democrática”. Cualquier disciplina académica que haga central a la sociedad civil para su punto de vista sobre el mundo, simultáneamente apuntará a la comprensión social y a la justicia social; una vez que comprendamos lo que sucede en la esfera civil, comenzaremos a apreciar la manera en que la primera no puede existir sin la segunda.

No contento con derrocar los elementos de una teoría, Alexander usa el concepto de sociedad civil para analizar lo que sucede cuando los grupos excluidos demandan inclusión en las corrientes principales de la sociedad. Ahora existe una abundante literatura sobre los “nuevos movimientos sociales”, pero el análisis de sus dinámicas, inspirado en varias versiones de la teoría marxista, mira hacia los recursos que ellos movilizan y los beneficios en ventajas materiales que alcanzan. En cambio tenemos que apreciarlos, dice Alexander, como los vehículos de reparación cívica. Por sus experiencias, podemos entender cómo los grupos una vez percibidos como inciviles contribuyen al ensanchamiento de la civilidad de la sociedad a la que pertenecen.

Los conflictos en la sociedad, indica Alexander, no sólo se tratan de problemas económicos o de poder. Los nuevos movimientos sociales generan preguntas sobre la distribución del reconocimiento; “acerca de quién será qué y por cuánto tiempo”. Un buen ejemplo es proporcionado por el feminismo. Si miramos logros concretos, debe haber razones para concluir que el movimiento de las mujeres ha fallado; la enmienda de igualdad de derechos nunca pasó, y las mujeres no han alcanzado salarios iguales. En términos simbólicos, sin embargo, el movimiento de las mujeres transformó dramáticamente una dualidad rígida en la cual las mujeres fueron asignadas a la esfera privada de la familia, mientras permitieron a los hombres el acceso a esferas públicas de la política. Esa división incivil ya no existe más, y el feminismo puede tomar el crédito de su desaparición. Una vez que la forma incivil de dividir a las mujeres de los hombres

es abolida, es posible encontrar una vía civil en su lugar, tal como la idea asociada a Carol Gilligan de que la manera en que las mujeres se preocupan por la gente está menos atada a las reglas que la de los hombres. La sociedad civil no es restaurada por deshacerse de códigos binarios, ya que esto sería imposible. Es mejorada cuando los códigos binarios opresivos son sustituidos por los que liberan.

Alexander dedica cuatro capítulos de su libro a las formas en que las luchas en nombre de la justicia racial contribuyen a la reparación cívica. Es importante para él, como debería ser, que los líderes del movimiento de los derechos civiles, especialmente en los primeros días de su campaña, actuaran civilmente. Esto no quiere decir que fuera un camino fácil de tomar. Las instituciones y las prácticas del racismo meridional fueron ofensivas, degradantes y a menudo violentas. En contra de tales prácticas inciviles, algunos activistas como Martin Luther King Jr. pudieron haber elegido fácilmente reaccionar de la misma manera, pero no lo hicieron. “Desde Montgomery, el éxito del movimiento, tanto a nivel local como nacional, dependía de su capacidad para establecer una relación solidaria con la esfera civil más amplia y menos distorsionada racialmente, que toma su poder de regiones geográficas fuera del sur”. El objetivo del movimiento de derechos civiles no era sólo desarrollar poder para impugnar el poder de la burocracia meridional. Era también cambiar el sentido de las políticas, añadiendo una dimensión discursiva a los argumentos sobre la justicia racial.

En este contexto, King fue un brillante intérprete que entendió su papel a la perfección. Un maestro de la representación simbólica; tradujo una lucha política en un proceso de santificación. El mal sería comparado frente al bien, en términos en los que el bien sería finalmente el ganador. Una vez que la mayoría de los estadounidenses entendió que la cuestión que afrontaban era si los Estados Unidos podrían cumplir con sus ideales cívicos, inevitablemente se identificarían con la humilde no violencia de los manifestantes más que con los representantes llenos de odio, defensores del club de la autoridad injusta.

No todo era tan suave como King había esperado. Alexander no sólo analiza las victorias del movimiento de los derechos civiles, sino también sus derrotas. Albany, Georgia, fue sólo un lugar en donde la dramaturgia no funcionó como se esperaba cuando los jefes de la policía sureña se rehusaron a ser anzuelos en acciones violentas en contra de los manifestantes. Cuando la violencia tuvo lugar —el asesinato de las jóvenes mujeres en la iglesia de Birmingham; los horrores de la marcha por los derechos de votar en Selma— su mera brutalidad socavó muchos de los ideales del movimiento. El Congreso responde eludiendo el Acta de los Derechos Civiles de 1964 y el Acta de los Derechos al Voto de 1965, pero el movimiento de los derechos civiles “perdió su centralidad respecto al núcleo normativo de la sociedad civil estadounidense”. El poder negro se convirtió en una causa cohesiva. King resultó incapaz de llevar a Illinois la misma claridad moral que mostró en Mississippi, y los problemas que

enfrenta el sector pobre de la ciudad representaron demasiada dificultad como para ser resueltos por sus propios medios. Una vez que aquellos acontecimientos fueron puestos en su lugar, el lenguaje y la práctica de reparación cívica cedieron el paso a la protesta retórica y al contragolpe conservador, de los cuales ninguno fue especialmente civil.

Los movimientos para la inclusión requieren que la sociedad cambie para satisfacer sus demandas. Pero la sociedad también requiere que tales movimientos cambien si pretenden hacerse miembros de pleno derecho en ella. Entonces, ¿cuánta flexibilidad debe haber en cada lado? Alexander no puede utilizar lo que él llama “movimientos de contragolpe” (*backlash movements*), que procuran conservar la sociedad existente contra cualquier recién llegado, sino que también se preocupa por la asimilación: la exigencia a esos nuevos grupos para que dejen aquello que los distingue como precio de la membresía es tan incivil como rechazar sus peticiones completamente.

En la búsqueda de un ejemplo para demostrar la ambigüedad de la asimilación, Alexander se remite a una posición improbable. La simpatía de los izquierdistas con los oprimidos, que ha inspirado a muchos estudiantes de movimientos sociales, rara vez los empujaba a prestar mucha atención al caso de los judíos. La gente parece pensar que los judíos están muy bien establecidos en diversas sociedades del mundo para contarse como víctimas por más tiempo. Alexander no está de acuerdo con esto. En su opinión, la historia de la asimilación judía tiene pros y contras; los judíos llegaron como ciudadanos a sociedades a las cuales aspiraron a pertenecer, pero no necesariamente como judíos.

Para contar la historia de cómo esto tuvo lugar, Alexander añade a Europa a su enfoque Americano; y a los siglos XVIII y XIX, los siglos XX y XXI. El problema, como él lo ve (y aquí confía en una rica literatura histórica), comienza con la Ilustración. Los no-judíos, como Christian Wilhelm von Dohm, estaban dispuestos a aceptar a los judíos si estos abandonaban sus creencias. Y los judíos, como Moses Mendelssohn, mientras rechazaban las opiniones antisemitas de Dohm, preparaban el terreno para la asimilación judía en una moderna sociedad civil, destacando la ética y el lado universal del judaísmo más que su estatus de religión revelada. A partir de esto, era un paso inevitable y bastante rápido para la Reforma del Judaísmo y su ruda modernización de la liturgia y para la tradición de la Halachá —y eventualmente para los movimientos puramente seculares liderados por los intelectuales del trasfondo judío—.

En el momento en que los judíos empezaron a huir a los Estados Unidos, el negocio fue sellado. En este país los judíos eventualmente tendrían acceso a todas las principales instituciones sociales, pero no en condiciones establecidas por ellos. Lo simbólico de la situación que enfrentaron, Alexander lo nota, era el hecho de que la muñeca *Barbie*, la expresión fundamental de feminidad protestante blanca anglosajona, fue desarrollada por Ruth Handler, una judía de Los Ángeles. Incluso en lo que parece una historia exitosa, la incorporación no tiene lugar, cree

Alexander, “de una manera realmente eficaz e igualitaria”. Los judíos, concluye él extrañamente, permanecen como forasteros marginados en América, no importa cómo parezcan en el interior. La idea completa del judaísmo ha sido amenazada, dice, no por el antisemitismo, sino por el éxito judío.

The Civil Sphere es un libro extenso, profundamente preparado y —a pesar de lapsos ocasionales de jerga— bien escrito. Cubre una muy amplia gama de asuntos y trae percepciones frescas sobre muchos de ellos. Hay una mente intelectualmente curiosa, ecléctica y atractiva, expuesta a lo largo de muchas de sus páginas. Sin embargo, sobre la pregunta crucial de si Jeffrey Alexander proporciona los materiales que le permitirían a la sociología reclamar su propio territorio, la respuesta debe ser no. Casi todo lo que él escribe acerca del tema puede ser analizado sin el concepto de sociedad civil; y aún cuando el concepto resulte útil, lo es de una forma diferente a como Alexander piensa que debería serlo.

De los muchos temas discutidos por Alexander, el que menos encaja con sus ideas sobre la sociedad civil es el tema de los judíos. Esto no quiere decir que el tema de la asimilación judía no sea importante. Simplemente no puedo ver qué se gana añadiendo la idea de sociedad civil a un debate que ha pasado, como señala acertadamente Alexander, desde el siglo XVIII. La gente no judía, decidida a oponerse a la incorporación de los judíos en la vida pública dijeron cosas muy “inciviles” acerca de ellos. Los cristianos, que les daban la bienvenida a menudo, tenían motivos ambivalentes para hacerlo. Los judíos que aceptaban los términos que les ofrecían tenían (como cualquier firmante de contratos imperfectos tendría) reservas. Estos son temas que han atraído por siglos a filósofos e historiadores, y todos han escrito sobre ellos sin haber desarrollado una teoría de la sociedad civil.

¿Existe alguna razón particular para hacer de la incorporación judía algo central para la historia de la sociedad civil? Alexander cree que sí. “En la historia de las sociedades occidentales [escribe] ningún asunto ha sido más problemático para la la esfera civil que la incorporación de los judíos”. Me gustaría creer que mi pueblo es el más importante en el occidente, pero me temo (y siento un poco de gusto) que este no sea el caso. Seguramente, dadas sus mayores cantidades, debemos reconocer que la incorporación de católicos en países una vez protestantes, como Estados Unidos, es un fenómeno histórico de gran importancia. No puedo imaginar una cuestión más urgente que la pregunta de si los musulmanes serán incorporados con éxito en países primordialmente cristianos de Europa occidental y Estados Unidos. El hecho es que la historia de la incorporación judía es una historia significativa entre muchas, y llamarla la más significativa de todas requiere un argumento contundente, o revela una ceguera hacia la experiencia de otros.

Alexander no sólo quiere agregar la idea de la sociedad civil a una discusión donde arroja poca luz, también afirma que la sociedad civil puede explicar lo que nada más puede.

Considerar el holocausto en el marco de la teoría de una sociedad civil fragmentada, destaca, demuestra qué tan engañoso es insistir en la unidad (*uniqueness*) de la resistencia alemana a la incorporación judía, y mucho menos en la unidad del antisemitismo alemán. Fue el colapso de la esfera social en Alemania, no el antisemitismo alemán, lo que permitió que el holocausto procediera.

Esto es una construcción teórica descontrolada. Hay momentos en que un teórico debería detenerse, cuando tiene que admitir que, por mucho que ame su teoría, hay eventos en el mundo real tan trágicos, tan más allá de la capacidad de los pobres instrumentos que desarrollamos para entenderlos, que un poco de modestia teórica es la única respuesta apropiada. Estoy dispuesto a culpar al alza en el precio de las tarifas de parqueo, o a la hostilidad pública por el colapso de la sociedad civil; pero el exterminio en masa de un pueblo sugiere una presencia de fuerzas más oscuras y primordiales.

Pero Alexander no se detiene allí. ¿Cómo estar seguros de que el holocausto no fue causado por el capitalismo o por la modernidad, pero sí por el colapso de la sociedad civil? La prueba, según Alexander, radica en lo que él llama “la desigual pero cada vez más sustancial incorporación judía en un Estados Unidos moderno, capitalista y a veces profundamente antisemita”. Ahora, yo viví gran parte de mi vida en los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo xx, y no puedo reconocer ni el tiempo ni el lugar al que Alexander se refiere. Para estar seguros, Alexander ofrece algunas advertencias: no tenemos guetos aquí, y nuestra demografía y geografía les da a los judíos alguna protección. “Sin embargo [continúa], el estatus formal judío en la sociedad civil estadounidense fue contrarrestado, con más fuerza incluso que en muchas sociedades civiles europeas, por la profunda y generalizada cristiandad de los grupos americanos”. Yo no dudo que haya antisemitas en este país, y que incluso algunos de ellos, especialmente aquellos que gustan de los judíos a cuenta de su propia escatología cristiana, tengan influencia política indebida. Pero volvemos a una teoría de la sociedad no sólo para entender cómo funciona, sino también para distinguir a una sociedad de otra. La decisión de Alexander de abrir un capítulo sobre la incorporación judía en los Estados Unidos, donde los judíos han florecido, atando el asunto al destino de los judíos en Europa, donde fueron asesinados en masa, no tiene sentido para mí, ni empírica ni normativamente.

Finalmente, la discusión de Alexander sobre los judíos no prueba lo que él quiere probar: que la historia de la incorporación es trágica. La asimilación es en su misma naturaleza “incivil”, si nos referimos a que obliga a cambios en la gente. Pero si el resultado es que la sociedad se vuelva más “civil” porque la gente de diferentes credos ha aprendido modos de vivir juntos, entonces, cada pérdida de civilidad en un lugar hace un beneficio para la civilidad en otra parte. Alexander comienza su debate de esta cuestión señalando, correctamente, que para entender lo que sucede

cuando fuerzas externas enfrentan una sociedad, debemos considerar “la variable de la estructura interna del sistema social, respondiendo a las fuerzas del exterior”. Pero es precisamente la estructura interna de los Estados Unidos la que se desprende de la discusión de Alexander sobre la incorporación judía en América; se nos dijo mucho acerca de Saul Bellow y Philip Roth, pero casi nada acerca de los lectores, muchos de ellos presumiblemente no judíos, que los han convertido en los autores más vendidos. Alexander se había concentrado tanto en los Estados Unidos, que estaba haciendo la incorporación como él la hace sobre los judíos que estaban siendo incorporados; debió haber notado que una sociedad que es más abierta a los no cristianos de lo que solía ser es una sociedad que ha conocido algunas de sus aspiraciones, y de esa manera ha experimentado una considerable reparación cívica.

El trato de Alexander con el movimiento de derechos civiles es más defendible que su discusión del antisemitismo, pero, una vez más, no demuestra que añadir una teoría de la sociedad civil ofrece sorprendentes nuevas miradas. Martin Luther King Jr. era por cierto una figura inspiradora, pero su historia puede ser contada usando términos ya existentes asociados con la religión y la política. Fue un hombre de Dios, inmerso tanto en la tradición profética de la Biblia hebrea como en el pacifismo de “pon la otra mejilla” del Nuevo Testamento. Él sabía cuándo llamar a los manifestantes, cómo hablarles a los seguidores, cómo tratar enemigos, y cómo hacerles frente a los políticos. Por supuesto que se basó en símbolos, pero fue porque los símbolos eran su más efectivo recurso político. King fue realista así como idealista. Especialmente en los grandiosos años de su movimiento, él conocía las debilidades y destrezas de las cartas que le fueron dadas para jugar, y fue capaz de reducirlas y maximizarlas respectivamente. Sin duda, el movimiento que dirigió fue inusual. Pero si los medios usados eran inspiradores, los fines perseguidos fueron, en un sentido político, convencionales: poder, incluido el poder de votar, para aquellos a quienes les había sido negado.

Aun cuando los medios utilizados para traer a la palestra asuntos de la justicia racial eran claros durante los primeros años del movimiento de derechos civiles, perdieron aquella claridad cuando los asuntos llegaron a tener un alcance nacional. John F. Kennedy comprendió que los votos negros podrían ayudarle a derrotar a Richard Nixon en los sesenta, y así lo hicieron, pero una vez que esto funcionó, él sabía que tenía que reforzar sus lazos con blancos racistas del sur de su propio partido. Su ambivalencia sobre la cuestión de la justicia racial refleja contradictorias presiones políticas, y no la necesidad de moverse desde atrás hacia adelante de una esfera civil a una esfera política. Alexander sostiene lo contrario. “Kennedy tenía que ganar reconocimiento como un digno representante de la esfera civil”, escribe. “Sólo ganando este reconocimiento podía confiársele el control del poder coercitivo del Estado, y sólo si los votantes creían que él era confiable, podría ganar el derecho de representar la esfera civil dentro del Estado”. Sin embargo, Kennedy ya era presidente y tenía el control

del poder coercitivo del Estado. La aprobación de leyes que prohibieran la discriminación y protegieran el derecho a votar tuvo poco que ver con lo que representaba la esfera civil en el interior del Estado, y mucho que ver con el asesinato de Kennedy y el esplendor de la presión bastante convencional de Lyndon Johnson.

El objetivo de Alexander —que es digno— es recordarnos que algunas formas de la política son diferentes a otras; que conseguir derechos civiles para una minoría oprimida durante mucho tiempo mejora la vida moral de una sociedad más que, dice, aprobar un decreto agradable para el grupo que ejerce presión. Pero incluso si necesitamos una nueva teoría para explicar las políticas altas más que las bajas —y no es claro que la necesitemos—, Alexander no la ofrece. En cambio muestra una lamentable tendencia a poner el adjetivo “civil” antes de todos los sustantivos que pueda. En un punto de su libro, en un lapso de sólo diez páginas, “civil” modifica el poder, las figuras, la virtud, la audiencia, el drama, los traumas, la comunidad, la indignación, las confrontaciones, la vida, los derechos, la esfera, la opinión y el efecto. En casi todos estos casos, la palabra “público” podría transmitirse con la misma trascendencia, si no con más, que la palabra “civil”. Sabemos lo que es la opinión pública, pero yo dudo que podamos estar de acuerdo en lo que es una opinión civil. Llamar civil a algo no hace que lo sea.

También hay problemas con los casos que Alexander selecciona para ilustrar particularmente formas civiles de la política. Sin duda, el movimiento de derechos civiles es especialmente enaltecido. ¿Igualmente lo es el movimiento que revoca al caso judicial “Roe vs. Wade”²? No para mí, y seguramente no para Alexander, pero es definitivamente más enaltecedor para aquellos que lo hacen el centro de sus vidas. ¡Intente convencerlos de que no están comprometidos con la reparación cívica! Ellos tienen convicciones morales y éticas fuertes que son guiadas por su fe. Entienden, y pueden manejar con destreza, el poder de los símbolos. Tienen un fuerte sentido del bien y del mal, y saben quién está de qué lado. Ellos dicen que creen en la Democracia, y sostienen que la voluntad de las mayorías está siendo frustrada por una élite arrogante y no representativa. Se mueven de casos particulares —un aborto clínico, una farmacia distribuyendo medios para el control de natalidad— a teorías universales de qué es la vida y cómo debería ser santificada. Desarrollan movimientos intelectuales que llegan a las páginas de revistas influyentes para detallar los ideales del movimiento. No son justamente civiles con las feministas que se oponen a ellos, pero de la misma manera, tampoco las feministas lo son con ellos.

¿Cómo, entonces, se adaptan a las categorías de Alexander? ¿Debería verlos como amigos o enemigos de la esfera civil? La verdad es que, aparte de unos pocos comentarios sobre su reacción, nunca las discutió.

2. Se trata del caso judicial que permitió en 1970 legalizar el aborto en Estados Unidos. (N. del E.)

En parte, Alexander refleja los prejuicios del campo que representa: los sociólogos que escriben sobre los nuevos movimientos sociales son intelectuales izquierdistas que alguna vez participaron en ellos o, más frecuentemente, admiraron. Pero la ausencia de movimientos de nueva derecha en el libro de Alexander también sugiere un problema con la forma en que define la sociedad civil. En sus discusiones de códigos binarios, él afirma que los movimientos civiles están comprometidos con virtudes tales como la igualdad y la autonomía, mientras que los inciviles no lo están. Pero esto define la civilidad como un fin, en lugar de definirla como un proceso que avanza hacia ese fin. De acuerdo con esta manera de pensar, incluso un movimiento que respeta sus oponentes, que no esté involucrado en corrupción financiera y que construya comunidad entre sus seguidores, podría participar de un comportamiento incivil en tanto su objetivo político sea fomentar la desigualdad o la resignación ante la autoridad.

Pero ¿quién decide qué es inigualitario u opresivo? Los activistas pro-vida exigen que los derechos de los fetos sean iguales a los derechos de la madre y que alguien debe proteger la futura autonomía de una criatura viviente, a falta de capacidad de decisión en el momento. Estas exigencias podrían estar bien o podrían estar mal. Pero estos reclamos no pueden ser juzgados relegando a aquellos que están en desacuerdo con las metas de los feministas o los igualitarios, a los temidos límites de los movimientos reaccionarios. Identificar civilidad con causas de inclinaciones izquierdistas, que significa implícitamente que las de derecha son inciviles, no es una cosa muy civil.

“Nada es más práctico que una buena teoría”³, escribe Alexander en su conclusión. La búsqueda de la justicia, en su opinión, no es alguna variante de idealismo confuso, sino que está construida dentro de las sociedades democráticas en las cuales nosotros los individuos modernos vivimos. Por consiguiente, cualquier teoría del comportamiento humano que falla en sostener hasta sus propias ideas constitutivas es cualquier cosa, menos realista. Este es Alexander en su punto más osado. Yo admiro su ambición, y soy simpatizante de su propósito. En un momento en el que las ciencias sociales tratan de restringir su visión tanto como sea posible a fin de parecer científicas, Alexander debería ser felicitado por intentar ensancharla tanto como sea posible, para hacer las disciplinas más humanísticas.

Posiblemente es pedirle demasiado al autor de un trabajo de este tipo que refuerce su argumento y ejerza mayor discreción sobre los casos que selecciona para su análisis. Después de todo, Alexander está tratando de barrer mucho polvo acumulado, y para esto necesita algo de generosidad

3. Se trata de una expresión original de psicólogo Kurt Lewin en su obra *Teoría del campo y psicología social* de 1939. El planteamiento completo dice así: “No hay nada más práctico que una buena teoría... las buenas teorías suelen surgir de la práctica”. (N. del E.)

con la escoba. Sin embargo, desearía que hubiera ejercido un poco más de control. La sociedad civil es una idea poderosa, y no debería dividirse en acción puramente egoísta por una parte, o en poder coercitivo por otra. Pero el término no es una cura para todo lo que nos aflige. Para señalar lo mejor de la sociedad civil se requiere una modestia en la aserción y un respeto por la evidencia empírica de la que las ciencias políticas y económicas carecen con demasiada frecuencia. El argumento de Alexander es fuerte, pero no lo suficiente. Habría sido más fuerte si él hubiera reconocido los límites al hablar de la solidaridad y la inclusión.

Jeffrey Alexander no es un nuevo Talcott Parsons; su ambición teórica, por fortuna, no es tan grandiosa. Tampoco es un nuevo Nathan Glazer o un nuevo Daniel Bell, pues él carece de su capacidad de escritura clara y su don para la aplicación crítica de grandes ideas a verdaderas situaciones. Tampoco es el nuevo Seymour Martin Lipset; su libro carece tanto de datos como de sensatas interpretaciones de lo que los datos significan. Sin embargo, es un sociólogo dotado para una época en que la teoría social europea es una vez más tomada en serio en los Estados Unidos. Su libro no resucitará por sí mismo a su disciplina, pero demuestra con ejemplos que los sociólogos no son irrelevantes para los dilemas de la sociedad contemporánea. Los seres humanos realmente vivimos en un mundo que muy frecuentemente cuestiona lo peor de nosotros mientras rara vez exige lo mejor. Con todos sus defectos, la sociedad civil ofrece grandes posibilidades de teorización en aspectos que nos recuerdan tanto lo que somos como lo que podemos ser. Al menos, Jeffrey Alexander le ofrece a la sociología un lugar desde el cual puede empezar de nuevo.